

ZULETA Y LA DEMOCRACIA LIBERAL

Conferencia dictada por el doctor Alejandro Gaviria, durante el evento de presentación del número 319 de la *Revista Universidad de Antioquia*, el 26 de marzo de 2015.

ALEJANDRO
GAVIRIA

Quiero comenzar con algunas aclaraciones, con unas cuantas salvedades. Esta no es la disquisición de un experto en filosofía política. Tampoco de un especialista en Estanislao Zuleta. Es la reflexión de un funcionario que ha sacado las ideas de Zuleta de las aulas y los claustros para llevarlas a los salones del Congreso, a las salas de juntas y a los despachos públicos. De allí el tono más personal. Si se quiere intimista.

Creo en el mundo de las ideas. Con el tiempo las ideas determinan el rumbo del cambio social. Pero también inciden, directa o indirectamente, sobre las decisiones de la coyuntura. Creo, en particular, que los funcionarios con una visión bien formada, más o menos definida, del cambio social pueden tomar mejores decisiones.

No soy un experto zuletista, ya lo dije. Pero sí un practicante consuetudinario de su doctrina, un utilitarista de sus ideas. Leí por primera vez a Zuleta a los dieciséis años. Recité algunas de sus ideas (mal digeridas) en un discurso de grado que escribí a los veintidós años. Un tiempo después, recién graduado de maestro en economía, llegué a trabajar a Planeación Nacional con la mente llena de teorías entremezcladas y dos libritos con las conferencias de Zuleta. Desde entonces los llevo a todas partes (casi como un talismán).

Introducción

Entremos en materia. Voy a empezar con una suerte de conclusión preliminar: Estanislao Zuleta fue un liberal. Y un demócrata. Pero estos rótulos, así, sueltos, sin matices, sin salvedades, dicen poco.

Zuleta tuvo una relación problemática, compleja, con la democracia y el liberalismo. Nunca aceptó una afirmación resignada, negativa, minimalista, instrumental de la una o del otro. Todo lo contrario. Promovió una afirmación positiva y ambiciosa de la democracia y el liberalismo.

Zuleta fue un pensador liberal peculiar. Nunca, por ejemplo, citó o mencionó a los pensadores liberales clásicos del siglo XIX. Nada dicen sus escritos sobre John Stuart Mill, Benjamin Constant o Alexis de Tocqueville. Tampoco hay referencias a las principales mentes liberales del

siglo XX: John Rawls, Isaiah Berlin, Karl Popper, Joseph Schumpeter y Albert O. Hirschman, entre otros. Cuando menciona a los grandes filósofos liberales, habla de Kant y Spinoza, ambos anteriores al surgimiento del liberalismo propiamente dicho. Omite sistemáticamente a los filósofos ingleses a pesar (como lo veremos) de sus muchas afinidades.

Zuleta era un germanófilo empedernido. Admiraba a los metafísicos alemanes. Parecía desdeñar a los empiristas ingleses. Su omisión al por mayor de los autores anglosajones es curiosa. Conspicua. Saliente. Parece deliberada. Pero más allá de sus afinidades intelectuales, Zuleta fue un liberal y un demócrata expansivo, ambicioso. Tal vez el más importante exponente del pensamiento liberal en Colombia durante la segunda mitad del siglo XX.

Voy a dividir mis argumentos en tres partes. Haré referencia primero a las ideas de Zuleta sobre la democracia. Después a sus ideas sobre el liberalismo. Y por último a sus opiniones sobre el conflicto colombiano.

Democracia

Hay una concepción minimalista, procedimental de la democracia. No voy a insistir mucho en los detalles. Quiero solo traerla a cuento en algunas de sus voces más representativas. La democracia no es un resultado, es un método, sugieren Norberto Bobbio, Joseph Schumpeter y otros pensadores liberales.

Para Schumpeter, por ejemplo, la democracia no es el gobierno del pueblo para el pueblo. Tampoco es una forma indirecta de garantizar la representatividad popular. Es un simple método competitivo para elegir a quienes detentan el poder, a quienes toman decisiones públicas.

Somos antidemocráticos, casi por instinto. Somos reticentes a enfrentar hechos incómodos (la frase es de George Orwell). Practicamos la disonancia cognitiva, esto es, rechazamos la información que contradice o cuestiona nuestros prejuicios y convicciones.

“¿Qué cosa es la democracia sino un conjunto de reglas (las llamadas reglas del juego) para solucionar los conflictos sin derramamiento de sangre?”, pregunta Bobbio haciendo eco de Schumpeter (citado en Herzog-Márquez, 2006). La democracia liberal, dicen muchos, no garantiza la prosperidad, tampoco la igualdad, ni siquiera un ejercicio más equilibrado del poder, tan solo asegura un poder menos brutal.

El filósofo inglés Michael Oakeshott va incluso más allá, tiene una visión casi cínica de la democracia. Exceso de realismo, podríamos llamarla. “La democracia debe ser aceptada como inevitable, no como buena” (Oakeshott, 2014), escribió en su cuaderno de notas publicado el año anterior en su país natal. “La pregunta relevante es: ¿no será que el fracaso es más tolerable en una democracia que en otra forma de gobierno? Como todas las formas fracasan, la mejor forma de gobierno no es aquella que tiene el mayor prospecto de tener éxito (esto es en buena medida una ilusión) sino aquella donde el fracaso sea más tolerable”.

Debo confesarlo. Tengo ciertas simpatías por esta visión realista de la democracia, el exceso de realismo es uno de mis problemas, de mis sesgos más acentuados. Esta doctrina del más o menos, esta lógica resignada, esta idea de que en cuestiones prácticas uno no debe apuntarle a la perfección, me parece atractiva. Nos protege contra la demagogia (una forma de corrupción). Nos pone de presente que las democracias siempre incumplen sus promesas, que todas sin excepción se empeñan en ofrecer lo que no cumplen, lo que no pueden cumplir.

El poeta ruso Joseph Brodsky denunció, con particular elocuencia, la demagogia de las democracias occidentales en una famosa carta al expresidente checo Václav Havel:

Quizá la verdadera cortesía, Sr. Presidente, consiste en no crear ilusiones. El “nuevo entendimiento”, la “responsabilidad global”, la “metacultura pluralista” no son, en esencia, mejores que las utopías retrospectivas de los nacionalistas de antaño o que las fantasías empresariales de los nuevos ricos de ahora... Este tipo de dicción les viene bien, quizá, a los inocentes o a los demagogos que manejan los asuntos de las democracias industriales, pero no a usted, que debería conocer la verdad acerca de la condición del corazón humano. (Brodsky, 1995)

Pero Zuleta no se queda allí. No acepta esta visión resignada. No acepta la instrumentalización de la democracia. No acepta el reduccionismo: la democracia circunscrita a un torneo electoral con reglas claras y protección formal de las minorías.

“En el desarrollo progresivo de la democracia es necesaria una afirmación positiva, no una afirmación resignada” (Zuleta, 1995), escribe con frecuencia. “Creo que los acontecimientos actuales en nuestro país y en el mundo imponen la tarea de elaborar una concepción positiva de la democracia. Esta es una tarea más difícil de lo que pudiera parecer, porque ahora domina una concepción negativa, es decir, una concepción de la democracia como el sistema político menos malo” (2003a), reitera con vehemencia. “Una de las virtudes menos democráticas es la resignación, una de las más democráticas es la esperanza”, dice con elocuencia.

En la obra de Estanislao Zuleta, la afirmación positiva de la democracia tiene al menos tres elementos. Primero, para Zuleta, no hay verdadera democracia sin posibilidades reales para todos. “No es

suficiente con decretar la democracia”, escribe. “Es importante también definirla en términos de la igualdad de posibilidades.” “A los pueblos no se les puede juzgar por lo que declaran en sus cartas de derechos, sino por las relaciones sociales, por la manera como vive la gente” (2003b), afirmó de manera reiterada, casi obsesiva en sus muchos ensayos sobre la democracia.

Segundo, tampoco hay democracia sin participación. “Una democracia debe buscar la participación del pueblo, no solo en el gobierno, sino sobre todo en la transformación de su propia vida... La lucha por una apertura democrática no puede existir sin participación popular”, escribió aquí y allá. Innumerables veces. “En los barrios la gente tiene que aprender a hacer sus casas y sus cooperativas, a construir sus organizaciones. Es allí donde se amplía la democracia” (2003b), enfatizó en uno de sus últimos ensayos.

Como el francés Alexis de Tocqueville, el primer crítico de la democracia, un liberal con añoranzas aristocráticas, Zuleta estaba convencido de que la apatía popular lesiona la democracia, la minimiza, la convierte en una ficción. Y como Tocqueville, creía que las organizaciones populares, las comunidades motivadas, lo que hoy llamamos capital social, fortalece la democracia. O mejor, la hace posible.

Pero la insistencia más frecuente (y más importante) de Zuleta no es tanto sobre la democracia participativa, como sobre la democracia deliberativa. Para Zuleta, no hay democracia sin diálogo. “Salir del maniqueísmo es una de las exigencias de la democracia”, dice con frecuencia.

La democracia implica modestia de reconocer que la pluralidad de pensamientos, opiniones, convicciones y visiones del mundo es enriquecedora, que la propia visión del mundo no es definitiva ni segura porque la confrontación con otras visiones podría obligarme a cambiarla o enriquecerla, que la verdad no es la que yo propongo sino la que resulte del debate, del conflicto. (1995)

La ecuación es clara: la democracia es democracia deliberativa o no es.

Aquí vale la pena hacer una conexión, plantear una alianza intelectual, una suerte de conjunción entre dos pensadores afines que probablemente nunca se encontraron: Albert O. Hirschman y Estanislao Zuleta.

Hirschman nació en Alemania. Participó en la resistencia francesa. Emigró a los Estados Unidos después de la guerra. Se convirtió en economista. Vino a Colombia a finales de los años cuarenta en una misión del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF), la primera de su clase. Nunca se entendió con Lauchlin Currie, el jefe de la misión, un economista canadiense que tuvo una vasta influencia en Colombia. Tenían dos visiones diferentes del cambio social, Currie más tecnocrática; la de Hirschman, más oblicua, más abierta. Hirschman fue macartizado. No pudo volver a los Estados Unidos. Tuvo que quedarse en Colombia varios años. Montó una pequeña oficina de rebusque sofisticado, esto es, de consultoría. Su experiencia colombiana lo llevó a escribir *La estrategia sobre el desarrollo económico*, un clásico en su campo. Murió en 2012. Sin todo el reconocimiento que merecía.¹

Hirschman se decía autosubversivo. Le gustaba cambiar de opinión. Creía en la necesidad de “mantener cierto grado de apertura o provisionalidad en nuestras opiniones”. Invitaba a “estar dispuestos a modificar nuestras convicciones como resultado de los argumentos de las contrapartes o de la nueva información que pueda surgir de los debates públicos” (Hirschman, 1996). Fue uno de los exponentes más precisos de la democracia representativa.

Como resultado de su contacto con Colombia (y otros países latinoamericanos), Hirschman nos dejó esta reflexión: “Muchas culturas (incluidas la mayor parte de las culturas latinoamericanas que conozco) le atribuyen un considerable valor a tener, desde el principio, opiniones firmes, prácticamente sobre cualquier cosa, y a salir vencedores en el debate, más que a escuchar y a comprender

que a veces se puede aprender algo de los demás. En eso, dichas culturas están, después de todo, más predispuestas para una vida política autoritaria que democrática” (citado en Meldolesi, 1997, cap. VIII).

Hirschman y Zuleta apuntan a lo mismo. Trascienden o quieren trascender la democracia como procedimiento o torneo electoral. Enfatizan las mismas virtudes democráticas: “la apertura intelectual, la flexibilidad, la alegre autoironía, la presteza para apreciar un argumento nuevo y quizá también el placer en abrazarlo” (1997). La democracia requiere, como lo repitió Zuleta tantas veces, la práctica permanente del racionalismo kantiano: ponerse en el lugar del otro, practicar en el diálogo una doble empatía: usted se pone en mis zapatos, yo me pongo en los suyos.

Pero no es fácil. Somos antidemocráticos, casi por instinto. Somos reticentes a enfrentar hechos incómodos (la frase es de George Orwell). Practicamos la disonancia cognitiva, esto es, rechazamos la información que contradice o cuestiona nuestros prejuicios y convicciones. “A los oponentes no hay que convencerlos, hay que derrotarlos”, afirmó recientemente quien es considerado el mejor senador de Colombia. “Si acaso hay discusión será un típico diálogo de sordos, un diálogo que funcionará por un buen tiempo como una prolongación y un sustituto del conflicto. Incluso en las democracias más avanzadas, muchos debates son una continuación de la guerra por otros medios”, escribió Hirschman en tono de lamento (1997).

En fin, Zuleta quiso trascender la democracia formal. No para hacer demagogia. O prometer lo incumplible. No, como dice Brodsky, porque desconociera las inclinaciones del corazón humano. Todo lo contrario. Sabía bien que la democracia no venía grabada en nuestra mente, que nuestros instintos son antidemocráticos. La democracia, nos recuerda Zuleta, comienza por nosotros y requiere entrenamiento.

Debemos por lo tanto y por lo pronto volver con frecuencia a Zuleta y a

Hirschman. Su mensaje es imprescindible, a saber, sin flexibilidad, sin dudas, el debate democrático se transforma en una superposición de dogmatismos que se excluyen mutuamente: nadie oye a nadie pues cada quien está ocupado en la preparación de su propio alegato inamovible. En últimas, la democracia no debería concebirse como el enfrentamiento de opiniones ya formadas, sino como el intercambio de opiniones provisionales, maleables. La democracia deliberativa no existe sin cambios de opinión, sin la posibilidad de los reversazos (tan mal vistos) así sea de vez en cuando.

Pasemos ahora a un segundo aspecto del pensamiento de Estanislao Zuleta. Hablemos de su liberalismo.

Liberalismo

El liberalismo clásico enfatiza la libertad y llama la atención sobre su principal amenaza: el poder omnímodo, sin controles, sobre todo el poder del Estado y de la opinión pública, “la extorsión moral de las mayorías”, como decía John Stuart Mill, el más importante de los liberales clásicos, el gran teórico de la tolerancia.

Para decirlo de otra forma, en un lenguaje del siglo xx, el liberalismo clásico enfatiza la libertad negativa. Tenemos que preservar, dicen los liberales clásicos, un ámbito mínimo de libertad personal para “no degradar o negar nuestra naturaleza”. Benjamin Constant, un vigoroso defensor de las libertades civiles, argumentaba que, como mínimo, las libertades religiosa, económica, de opinión y expresión deberían ser protegidas, aisladas de los embates de Leviatán y las arremetidas de las masas.

En palabras de Isaiah Berlin:

La defensa de la libertad tiene como fundamento el fin negativo de evitar la interferencia. Amenazar a un hombre con la persecución a menos que se someta a una vida en la que no puede ejercitar elección alguna de sus fines; cerrarle todas las puertas menos una... es pecar contra la verdad de que es un

hombre, un ser con vida propia. Esta es la libertad tal como ha sido concebida por todos los liberales desde Erasmo. (Berlin, 1988)

Esto es, libertad como ausencia de coacción, como rechazo a la opresión, como desconfianza en el poder del Estado y las mayorías.

Zuleta creía en la importancia de la libertad negativa. “La libertad nos hará verdaderos”, repite muchas veces en sus ensayos, invirtiendo la promesa evangélica, enfatizando la conexión entre libertad y conocimiento, la misma conexión enfatizada por Mill en su famoso ensayo *Sobre la libertad*. “Los hombres no pueden acceder a la verdad si no son libres: libres de dudar, de ensayar opiniones y sus hipótesis, de compararlas y criticarlas”, escribió en un corto ensayo sobre la filosofía liberal (2003c).

Pero Zuleta no se queda en la idea de la libertad negativa, en la mera crítica al poder establecido. Va más allá. Quiere ir más allá. Como en el caso de la democracia, no acepta una versión resignada del liberalismo. “No asumamos nunca una definición negativa de la libertad”, escribe. “Asumamos una definición positiva: la libertad es aquello que la vida nos permite hacer”, reitera.

Zuleta fue un crítico del liberalismo clásico. O mejor, del liberalismo anglosajón del siglo XIX. Veía con preocupación su énfasis casi exclusivo en el bienestar material, en el utilitarismo. Compartía la crítica de Marx al individualismo utilitarista. Pero al mismo tiempo afirmaba que Marx “nunca comprendió el inmenso acontecimiento político que significó la limitación del poder del Estado por los derechos y las libertades civiles”. “Creo no exagerar al decir que Marx no comprendió la importancia de los derechos humanos”, escribió con acento y énfasis liberal (2003d).

Hay otra característica interesante del liberalismo de Zuleta. Su incomodidad, su rechazo casi absoluto al concepto de tolerancia, una de las ideas fundamentales del liberalismo clásico. Mill, escribió



“Una de las virtudes menos democráticas es la resignación, una de las más democráticas es la esperanza”, dice [Zuleta] con elocuencia.

Isaiah Berlin, “no pedía necesariamente el respeto a las opiniones de los demás; lejos de ello, solamente pedía que se intentara comprenderlas y tolerarlas, pero nada más que tolerarlas. Desaprobar tales opiniones, pensar que están equivocadas, burlarse de ellas o incluso despreciarlas, pero tolerarlas [...] Podemos discutir, atacar, rechazar, condenar con pasión y odio, pero no podemos exterminar o sofocar...” (Berlin, 1988).

Zuleta no acepta este precepto minimalista. No se conforma con el liberalismo resignado de Mill. Le gusta más el liberalismo expansivo de Kant. “El concepto de tolerancia”, decía, “es pretencioso, implica que es inevitable tolerar las opiniones de los otros pero sobre la convicción inmodificable de que yo tengo la razón” (Zuleta, 1995). Zuleta prefería el concepto de respeto, entendido no como una aceptación pasiva de las ideas de los otros, no como un liberalismo indiferente, no como una superposición de monólogos, sino como diálogo, como la necesidad de debatir “sin agredir, sin violentar, sin ofender, sin intimidar, sin

desacreditar el punto de vista del otro”, sin burlarse, sin aprovechar los errores o los malos ejemplos, sin ganar por el gusto de ganar, sin condenar con pasión u odio, sin atacar, en fin, sin irrespetar.

Pero el liberalismo de Zuleta tenía un énfasis particular. Iba más allá del respeto. El liberalismo de Zuleta puede resumirse en una palabra: conflicto. En un libro reciente sobre la evolución de las ideas liberales, el periodista británico (y por muchos años colaborador de la revista *The Economist*) Edmund Fawcett escribe lo siguiente: “Para la mente liberal, los conflictos de intereses y de creencias son inescapables. La armonía social es imposible. Y su búsqueda, una tontería. Esta realidad no es tan oscura como parece, pues la armonía no es ni siquiera deseable. El conflicto puede ser productivo, da frutos a través del argumento, el experimento y el intercambio” (Fawcett, 2014).

Para Fawcett esta idea del conflicto, esto es, el conflicto como inevitable y provechoso, resume o encapsula el espíritu liberal. Si nos atenemos a esta premisa, Zuleta fue un liberal paradigmático. Su insistencia en el conflicto fue permanente, obsesiva. Y sobre todo, elocuente.

En su corto ensayo “Sobre la guerra” (2003e), un ensayo que resume su liberalismo expansivo, Zuleta escribió:

La erradicación de los conflictos y su disolución en una cálida convivencia no es una meta alcanzable ni deseable ni en la vida personal ni en la vida colectiva... Si alguien me objetara que el reconocimiento previo de los conflictos y las diferencias, de su inevitabilidad y su conveniencia, arriesgaría paralizar en nosotros el entusiasmo en la lucha por una sociedad más justa, organizada y racional, yo le replicaría que una sociedad mejor es una sociedad capaz de tener mejores conflictos.

En la idea del conflicto, hay implícita una crítica al conservatismo y al socialismo, las doctrinas antagónicas del liberalismo en el siglo XIX. Como afirma el mismo

Fawcett, para el conservatismo, la sociedad era armoniosa, sin conflictos, antes de que la modernidad y el capitalismo promovieran el descontento y sembraran el odio. Para el socialismo, la sociedad sin conflictos no vivía en el pasado, sino en el futuro sin propiedad privada y plena igualdad material. El liberalismo, para usar la expresión de Zuleta, no cree en esos paraísos de cucaña. Rechaza por igual las nostalgias conservadoras y las utopías socialistas.

En la idea del conflicto, en el liberalismo zuletiano, también hay un rechazo a los dos principales enemigos del liberalismo en el siglo XX, el fascismo y el comunismo. “El fascismo apelaba a la falsa unidad del nacionalismo, particularmente del nacionalismo basado en la raza. El comunismo apelaba a la falsa unidad de clase, particularmente a la unidad del proletariado, representativo de la humanidad”. El comunismo, escribe Fawcett, “era un extremismo de la esperanza. El fascismo, un extremismo del odio”. Ambos negaron la existencia inevitable del conflicto y ambos produjeron (paradójicamente) millones de muertos.

Vale la pena en este punto plantear otra alianza intelectual, señalar otra coincidencia entre dos liberales afines, separados por el mundo pero unidos por sus ideas: Isaiah Berlin y Estanislao Zuleta. Para Berlin (y para Zuleta): “Los valores de la vida no son solamente múltiples, suelen ser incompatibles. Por ello el conflicto y la tragedia no pueden ser nunca eliminados de la vida humana”. Bajo esta perspectiva, aceptar el conflicto no solo es imprescindible, es también un primer paso para afianzar un espíritu conciliatorio, para reconocer al otro, para respetar a los demás. En fin, las ideas de respeto y de conflicto están unidas. Aceptar el conflicto nos hace respetuosos. Y predicar respeto nos permite, a su vez, entender la universalidad (antropológica, digamos) del conflicto. Berlin y Zuleta aquí coinciden de manera exacta, calcada.²

Si llevamos la idea del conflicto a la vida colectiva, al mundo de la política, llegamos al liberalismo trágico (para usar

la expresión del ensayista mexicano Jesús Silva Herzog-Márquez), a las tensiones entre libertad e igualdad, entre seguridad y libertad, entre justicia y paz, al conflicto entre principios inobjetables, la libertad de expresión y el respeto de las minorías, por ejemplo; al conflicto entre los derechos de la generación actual y las generaciones futuras, esto es, a la discusión entre sostenibilidad y derechos sociales. “Vivimos arrastrando la pena de elegir el bien sacrificado. Y la política será, si bien nos va, la elección del mal menor”, escribió Berlin.

Zuleta no se resigna, no acepta las disyuntivas del liberalismo trágico. Prefiere refugiarse en la crítica de la política. Asume la perspectiva de un artista.³

Rechaza por igual al totalitarismo de estado y al anarquismo de mercado. Parece proclamar el derecho a no escoger. Reniega de las transacciones y las pequeñas miserias de la política. No creo exagerar si digo que no hay en Zuleta una visión acabada del cambio social, de las dificultades prácticas del reformismo, de los problemas mundanos de la política. Su obra puede leerse también como “las consideraciones de otro apolítico”. A diferencia de Popper y Brodsky, nunca compadeció a los políticos.

Pero volvamos al liberalismo de Zuleta. En un mundo en el cual la democracia y el liberalismo se han reducido a los torneos electorales y a al consumismo masivo, al mercado de la política y a los mercados de chucherías, su llamado de atención sobre la necesidad de una concepción afirmativa de la democracia liberal es necesaria, casi imprescindible. Las democracias modernas tienden a un conformismo jactancioso, a “las sonrisas de satisfacción idiota”, como escribía el mismo Octavio Paz. De allí la necesidad de insistir en el diálogo, en el respeto y en la conveniencia del conflicto. La democracia, para Zuleta, es una forma de vida civilizada, de apertura intelectual, de diálogo permanente, de preguntas sin respuesta, de rechazo a las falsas ilusiones, de “dudas y buen gusto” como decía el mismo Joseph Brodsky.

Una democracia enigmática

“Una democracia enigmática”, así catalogaba Zuleta la democracia colombiana: de un lado, “una democracia muy viva, en proceso de apertura y renovación”; de otro lado, “una democracia habitada por el terror en toda la trama de relaciones”, “una democracia asediada por la guerra sucia” (Zuleta, 2003f).

Pero a pesar de todo, cabe recordarlo, Zuleta nunca perdió el optimismo: “la mezcla explosiva de democracia y guerra sucia puede todavía resolverse a favor de la democracia”, escribió al final de su vida.


La Constitución de 1991 fue una respuesta democrática a una amenaza terrorista. No acabó con la guerra sucia. Pero mostró que los problemas de la democracia se pueden combatir con más democracia, que el Estado no responde (no puede responder) a la agresión con más agresión y a la muerte con más muerte. Zuleta no vivió para contarlos. Pero habría, en mi opinión, visto nuestra nueva realidad institucional con beneplácito.

Quisiera terminar con un mensaje optimista: “La sociedad colombiana no está polarizada”, escribió Zuleta:

Hay organizaciones y grupos políticos que tratan de polarizar y llevar a todos los conflictos a posiciones extremas. Pero la población quiere la paz y la democracia y no la victoria de uno de los bandos. Cuando la población misma (y no sus autoproclamados voceros) está dividida en dos tendencias irreconciliables, ya no quiere la paz sino la victoria de su campo. Pero cuando la inmensa mayoría reclaman paz y democracia, como ocurre entre nosotros, el camino para lograrlas sigue siempre abierto. (2003f)

Estanislao Zuleta, el liberal, el demócrata, nos mostró ese camino. O mejor, nos invitó a recorrerlo. A construirlo día a día, a dialogarlo. Por mi parte, yo seguiré rastreando los libros de sus conferencias de un lugar a otro. Ahora están, acompañados de los de Hirschman y Berlin, en un rincón

de mi oficina, de mi escueta biblioteca de burócrata. Me dan fuerzas para la lucha diaria contra el dogmatismo, la sinrazón y la indiferencia.

En conjunto me recuerdan que, a pesar de todo, a pesar de las dificultades, de los problemas de siempre y de ahora, la paz y la democracia son posibles. Tienen que serlo. 

Alejandro Gaviria (Colombia)

Ingeniero civil de la Escuela de Ingeniería de Antioquia, magíster en Economía de la Universidad de los Andes y doctor de la Universidad de California, en la misma área. Ha desarrollado su labor profesional en la Universidad de los Andes, el Departamento Nacional de Planeación y Fedesarrollo, entre otras instituciones. En la actualidad se desempeña como ministro de Salud y Protección Social de Colombia. Algunos de los reconocimientos obtenidos a lo largo de su carrera son: becas Alfred P. Sloan (1997-1998) y Lauchin Currie (1994-1998), Premio Portafolio al Mejor Profesor (2010) y Premio de Periodismo Simón Bolívar (2009).

Bibliografía

- Berlin, Isaiah (1988). "Introducción", en: *Sobre la libertad*. Alianza Ensayo. Madrid.
- _____. "John Stuart Mill y los fines de la vida", en: *Sobre la libertad*. Alianza Ensayo. Madrid.
- Brodsky, Joseph (1995). "Letter to a President", en: *On Grief and Reason. Essays*. The Noonday Press. New York
- Fawcett, Edmund (2014). "Liberalism", en: *The Life of an Idea*. Princeton University Press. Princeton.
- Hirschman, Albert (1996). "Opiniones pertinaces y democracia", en: *Tendencias autosubversivas. Ensayos*. Fondo de Cultura Económica. Ciudad de México.
- Meldolesi, Luca (1997). *En búsqueda de lo posible: el sorprendente mundo de Albert O. Hirschman*. Fondo de Cultura Económica. Ciudad de México.
- Oakeshott, Michael (2014). *Notebooks, 1922-86*. Editado por Luke O'Sullivan. Imprint Academic. Londres.
- Silva Herzog-Márquez, Jesús (2006). *La idiotez de lo perfecto. Miradas a la política*. Fondo de Cultura Económica. Ciudad de México.
- Zuleta, Estanislao (1995). "La participación democrática y su relación con la educación", en: *Educación y Democracia. Un campo de combate*. Corporación Tercer Milenio y Fundación Estanislao Zuleta. Bogotá.
- Zuleta, Estanislao (2003a). "Para una concepción positiva de la democracia", en: *Colombia: violencia, democracia y derechos humanos*. Hombre Nuevo Editores y Fundación Estanislao Zuleta. Medellín.
- _____. (2003b). "Democracia y participación", en: *Colombia: violencia, democracia y derechos humanos*. Hombre Nuevo Editores y Fundación Estanislao Zuleta. Medellín.

_____. (2003c). "Sobre la filosofía liberal", en: *Colombia: violencia, democracia y derechos humanos*. Hombre Nuevo Editores y Fundación Estanislao Zuleta. Medellín.

_____. (2003d). "El individualismo en Marx", en: *Colombia: violencia, democracia y derechos humanos*. Hombre Nuevo Editores y Fundación Estanislao Zuleta. Medellín.

_____. (2003e). "Sobre la guerra", en: *Colombia: violencia, democracia y derechos humanos*. Hombre Nuevo Editores y Fundación Estanislao Zuleta. Medellín.

_____. (2003f). "La violencia política en Colombia", en: *Colombia: violencia, democracia y derechos humanos*. Hombre Nuevo Editores y Fundación Estanislao Zuleta. Medellín.

Notas

¹ En su biografía de Hirschman, Jeremy Adelman describe de esta manera su particular método científico: "En sus primeros días en Colombia tomó forma lo que se convertiría en un rasgo distintivo de su estilo de investigación: conversar con muchas personas acerca de tantos temas como fuera posible, con un ojo puesto en la comprensión de los caminos por recorrer que se estaban abriendo desde su inicio. Hacer este tipo de trabajo detectivesco planteaba sus propios desafíos. Viajar no era fácil. Los caminos eran traicioneros. Había pocas vías férreas. Los aviones eran relativamente nuevos, costosos y solamente llevaban pasajeros a los destinos importantes, además de los riesgos de las montañas andinas que eran objetivos letalmente famosos de los vuelos locales. El modo preferido de transporte de Hirschman era su automóvil. Y él lo amaba: un Chevrolet, el cual había enviado al puerto caliente y húmedo de Buenaventura, en el Pacífico. Cuando el carro llegó, Hirschman fue a recogerlo y recordó su viaje inaugural de cuatro días manejando desde la costa, pasando por el Valle del Cauca, una rica región agraria por la cual él desarrolló una gran atracción, y luego a través de los cafetales alrededor de Manizales, hasta la capital". En Adelman, Jeremy. *Wordly Philosopher. The Odyssey of Albert O. Hirschman*. Princeton University Press. Princeton, 2013. Capítulo 10.

² Hirschman también compartía la idea del conflicto o tensión óptima. En palabras de su biógrafo Jeremy Adelman, "la reforma, pensaba él, no era sólo un ajuste ni un ponerse al día. Significaba darle un abrazo a la tensión misma. '¿Nosotros necesitamos tensión para funcionar, o solamente ajuste?', se preguntaba a sí mismo, afirmándose claramente en lo primero, para inferir lo siguiente: 'En el caso de un individuo, también existe, como en economía, tensión óptima'".

³ "La política es incapacidad de duda, de escepticismo, de melancolía y de autoironía, es decir, todo lo contrario al arte". Tomado de Zuleta, Estanislao, "Thomas Mann y la democracia" en *Colombia: violencia, democracia y derechos humanos*. Hombre Nuevo Editores y Fundación Estanislao Zuleta. Medellín, 2003.